

Para «Chaz», «Paul»
«Melanie» y «Micky»...
¡Que bien sabéis quiénes sois!

PRIMERA PARTE

1. ÉRASE UNA VEZ...

EN EL ANTIGUO JAPÓN, en lo más profundo de las montañas, sobre un lago que se congelaba la mitad del año, donde porciones de nieve se apilaban como sombreros de copa en las cabezas de vacas cansadas, y con nieve medio derretida de color gris que llenaba las hondas zanjas a ambos lados del camino serpenteante del Shogun que conducía hacia lugares más importantes; en una tierra de nieve donde ésta se derretía al son de la susurrante melodía de los mosquitos enormes de mediados del verano; en una provincia pobre, en una tierra oprimida, donde los granjeros intentaban olvidar el impuesto sobre el arroz mientras compartían el *sake*, cantaban canciones y se turnaban sumergiéndose en tinas de agua caliente, calderos de aguas vaporosas que se tornaban

cada vez más sucias y marrones con cada bañista desnudo y escuálido: aquí sucedió, en una aldea que nunca ha figurado en los mapas de Occidente y que probablemente nunca lo hará... en una pequeña alquería de techo de paja sobre una colina de pinos espolvoreados de nieve. El río de estrellas del cielo, la Vía Láctea, atravesaba la oscuridad arriba, derramando luz fría sobre una vieja puerta hendida ennegrecida por el hollín.

Un hombre panzudo, de calva resplandeciente, con botas que patinaban sobre el hielo, se inclinó sobre su bastón. Después de cuarenta años de vagar por el campo y cruzar las provincias, este vagabundo sin norte, esta alma llevada por el viento, había finalmente regresado a su casa natal.

Se llamaba a sí mismo Taza de Té; éste era su nombre artístico, su nombre de pluma. O bien podría decirse que era su nombre de brocha de bambú, dado que no poseía pluma. De todos modos, era el nombre que garabateaba con una caligrafía llena de manchas en el papel de arroz de su grueso diario, en el cual había millares de epopeyas de una sola línea, de un solo aliento... pues Taza de Té era un poeta de haiku.

Tal vez se esté usted preguntando: ¿y qué es un haiku?

Es una pregunta a la que no es fácil responder. Para hacer eso tenemos que observar a Taza de Té atentamente: el modo en que come ruidosamente su sopa de caracoles del es-

tanque; cómo orina en zigzag en la puerta trasera escribiendo acertijos en el hielo al amanecer; cómo mordisquea sus fideos a la luz de una lámpara solitaria en su reclusión profunda del invierno.

Observaremos. Escucharemos. Quizás, podamos aprender.

2. DIENTES SALIENTES

—DISCULPE, SEÑOR, PERO ¿es verdad que es usted poeta?

Taza de Té miró hacia abajo desde su mirador en lo alto de un pino negro. Alguien que era más un niño que un hombre se esforzaba por verlo a través de las ramas húmedas. Más Niño que Hombre estaba vestido con el traje típico y sencillo de la provincia y destacaba por sus buenos modales. Sin estar seguro de si inclinarse o mirar directamente hacia el hombre hecho y derecho que se balanceaba sobre las ramas por encima de él, Más Niño que Hombre alternaba reverencias deferentes inclinándose hacia el suelo y miradas inquisitivas hacia lo alto, donde Taza de Té se relajaba perezosamente.

—Claro que sí, muchacho. Soy Taza de Té.

—¡Qué gusto, qué gusto conocerle!

Se inclinó otra vez hacia el barro lleno de charcos y después, estirando al máximo el cuello, mostró una sonrisa amplia de dientes mal alineados.

—¡Soy Deba, el poeta de la aldea! —exclamó efusivamente—. ¡Mucho gusto en conocerlo, Maestro Taza de Té!

—Poeta de la aldea, ¿eh? Tu nombre de brocha de bambú es muy bueno. ¿Te diste a ti mismo ese nombre?

En lengua japonesa «Deba» significa: «dientes que sobresalen». La traducción más cercana en español sería: «Dientes Salientes».

En ese momento, Dientes Salientes inclinaba su cabeza cortésmente a la vez que inspeccionaba sus sandalias embarradas; por lo tanto, Taza de Té no pudo oír su respuesta. No importaba. Taza de Té podía adivinar la historia completa. Este campesino joven y listo, hijo de padres para quienes el universo se extendía solamente hasta el límite de su propiedad, durante toda su vida había sido objeto de bromas porque era amable, porque tenía dientes que sobresalían y porque gracias a la inexplicable ley del karma, desde el comienzo brumoso de los tiempos hasta el momento actual en el que se encontraba, no del todo un hombre aún, debajo de un pino negro y resbaladizo a causa de la lluvia, enfrente de la casa de Taza de Té... Dientes Salientes era poeta, o al menos, así lo creía.

El poeta más viejo descendió gateando hasta la tierra firme e invitó al poeta joven a entrar en su casa. Entonces, haciendo honor a su nombre, Taza de Té sirvió el té. Los dos se sentaron de rodillas en el suelo, frente a frente, y comenzaron a sorberlo.

—Bien, ¿qué tipo de poeta eres, Dientes Salientes?

—Soy poeta de haiku, señor. Pero...

Miró fijamente en su té, como si estuviese avergonzado por algo.

—Mi familia me necesita en los campos de labor, si no, haría lo que hizo usted: ¡dejaría esta aldea asquerosa y me marcharía a Edo!

Taza de Té ingirió ruidosamente su infusión verde, mientras que en su mente revoloteaban imágenes bien definidas de su llegada a Edo, cuatro décadas atrás. Rápidamente se había unido a una pandilla de harapientos niños de la calle llegados del campo que habían tenido que mendigar y robar para mantenerse con vida. La mayoría de ellos habían sido rechazados por sus familias, por lo que no podían volver a ellas. En poco tiempo se sintieron desilusionados, pues la capital del gran Shogun no era la ciudad dorada que habían soñado. Más bien se extendía en forma desordenada, plagada de enfermedades, pestilente, una cloaca infestada de tabernas y burdeles donde los samurais enloquecidos por el vino hacían gritar a las geishas y ejercían su derecho legal de herir o

aun matar a cualquier chico del campo cuyo aspecto no fuese de su agrado.

—Sí, claro... Edo.

Taza de Té rompió el largo silencio fruto del ensueño en el que se encontraba.

—Pero no es necesario que vayas allí para escribir haiku.

—Sí. Pero ¡usted lo hizo, Maestro Taza de Té!

Taza de Té cambió de tema.

—Recítame un poema... tu mejor poema.

El rostro de Dientes Salientes se animó con ojos chispeantes y abiertos de par en par, con los dientes salientes asomándole en una sonrisa. Tenía su corazón a flor de piel, como suele decirse; se podían leer una a una sus emociones en su cara como si fuese un libro abierto.

—¡Con mucho gusto, señor! Este haiku lo escribí una noche de luna llena en el arrozal de mi padre. Un gato me miraba fijamente desde una zanja. Al principio, no sabía que estaba muerto. Sus ojos reflejaban la luz de la luna. Entonces, me di cuenta de que su cuerpo estaba rígido y de que la mitad se encontraba dentro del agua negra. Bien, éste es mi haiku:

en los ojos del gato muerto
lunas
de otoño

Taza de Té cerró los ojos con toda su fuerza, como si estuviese librando una batalla interior. Luchaba esta contienda con tanta intensidad que su rostro se volvió del mismo color carmesí que el de la flor del ciruelo, mientras que Dientes Salientes comenzó a jadear horrorizado. ¿Era su poema tan malo como para provocar en el sensible maestro un ataque? La cara de Taza de Té se contrajo con muecas tan tensas y rojas que a Dientes Salientes le recordaron los monstruos ceñudos que flanquean los portones de los templos.

Finalmente, más sereno, pero todavía sonrojado, el maestro abrió los ojos. Volvió a llenar las tazas con té verde y caliente, pero nada dijo. El haiku de Dientes Salientes quedó suspendido en el aire como una pregunta desesperada.

Entonces, Taza de Té rompió el silencio con una frase simple que otra vez hizo que la cara expresiva del joven poeta resplandeciese con ojos brillantes y una sonrisa de dientes desalineados.

—Dientes Salientes, tú serás mi discípulo.